



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 7 Número 1 (Junio 2019)

Julio San Román Cazorla
"La sonrisa de plata"

Para citar el relato

San Román Cazorla, Julio. "La sonrisa de plata" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 7.1 (2019)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

La sonrisa de plata

La noche en la que Madicella entró por última vez en la tienda de sombreros de Hugo Gerard, fue la más fría y oscura del año. Incluso, hubo quien la consideró la más gélida de la historia. En el exterior, los pájaros se congelaban en pleno vuelo y se rompían al caer a tierra. Los gatos negros habrían aprovechado el festín de no haber sido porque sus lenguas ásperas se habían quedado pegadas a los charcos congelados. Mientras tiraban de ellas, pensaban en su mala suerte. Al fin y al cabo, ¿qué se puede esperar de quien sólo se cruza con desgraciados?

La primera vez que apareció, Madicella llevaba el vestido de plata y los guantes largos de algodón blanco. El sombrerero pensó que se trataba de una estrella perdida que había bajado a la tierra para averiguar cómo llegar a la luna. Hugo se ofreció a confeccionarle el sombrero que quisiera, grande o pequeño, chato o puntiagudo, de ala corta o de ala ancha... Daban igual las medidas y los materiales si él podía contentarla. Ella se marchó tan rápido como llegó y, en ese momento, Hugo lo supo: Madicella era una estrella fugaz.

Esa noche, tan fría y oscura, el sombrerero estaba en la silla tras el mostrador, con la piel pálida y la nariz colorada. Madicella le dedicó una mirada de las que tanto le gustaban, con la ternura de una amiga y la pasión de una amante. Hugo nunca entendió cómo pudo fijarse en

él. Ninguna mujer lo había hecho nunca ni lo haría jamás. Los vecinos lo miraban con recelo y apartaban a los niños de su camino. Tal vez fuera por el girasol que llevaba en la solapa de la chaqueta. Una vez escuchó al padre de la cerillera hablar con su hija: «No has de darle fuego a ese hombre. Lleva un girasol y nunca se lo quitará. ¡Girasoles! ¡Qué flores más horribles para llevar en la chaqueta!». Sin embargo, al tiempo, Madicella regresó. El sombrerero se afanó en medir su cabeza de cabellos cenicientos para confeccionarle el mejor sombrero del mundo. Mientras lo diseñaba, la dama argentada volvió a marcharse. En un momento de lucidez, se percató de su ausencia hasta que, a través del escaparate, entre los diamantes que el cielo lucía, creyó divisar a Madicella.

La noche en la que apareció por última vez, Madicella vestía de nuevo el vestido plateado y los guantes de algodón blanco. Se acercó al sombrerero, que trató de sonreír, pero le faltaban las fuerzas. Le agarró una mano y se la acercó al rostro. Hugo la acarició y sintió la piel fría de Madicella con sus manos de sombrerero, recubiertas de escamas e impregnadas de un líquido bruñido que recordaba al vestido de plata. A su lado, sobre el mostrador, estaban todas las cartas que Madicella le había escrito desde su segundo encuentro: «Fabríqueme el sombrero», le pedía. «No tardaré en volver a verle», aseguraba. Así que Hugo trabajó y trabajó, durante los días de lluvia y de sol y durante las noches de luna llena y de nieve. Cuando lo tuvo listo, la esperó. Cada segundo lo dedicó a observar la puerta y esperar el regreso de Madicella. Se olvidó de comer y se olvidó de dormir, pero a ella no consiguió olvidarla. Aguardaba ansioso la llegada de la dama, tanto que incluso clavaba alfileres en el reloj para matar el tiempo. Mas el único que le visitaba era el cartero que traía las cartas de Madicella. «Fabríqueme el sombrero. No tardaré en volver a verle.» Entregado el mensaje, el cartero se marchaba volando con las alas de sus zapatos y ponía rumbo, según decía, al planeta pequeño que está junto al sol, al que él llamaba hogar.

Por fin, esa última noche, Madicella había acudido allí para abrazarlo. Hugo se sintió avergonzado. Al lado de Madicella, el girasol de la solapa no resultaba tan bonito. Aún recostado en el asiento, deseó poder lucir una flor más bella para la ocasión. Mas recordó que la costurera que la cosió a la chaqueta, lo hizo a conciencia y que jamás se libraría de él. Pero a Madicella no parecía importarle. Se reclinó sobre él y lo besó, lo abrazó y él encontró fuerzas para devolverle su afecto. El frío de la tienda se transformó en calor, la temperatura subió y Madicella se hizo más y más grande. La piel de la mujer se tiñó de plata, como el vestido, y ella rodeó a Hugo por completo. Hicieron falta demasiados segundos de espera, demasiados alfileres en el reloj, demasiadas cartas esperanzadoras y un sombrero perfecto para que sus labios se encontraran y, a pesar de eso, se encontraron. Así se amaron durante toda la noche hasta que, exhaustos, se separaron. El frío invadió la estancia otra vez, Madicella volvió a su estado original y ayudó a Hugo a salir de la tienda. Como ya no cabían más alfileres en el reloj, las manecillas dejaron de avanzar y los copos de nieve se detuvieron en medio de la caída. Madicella comenzó a elevarse hacia el cielo. Había encontrado el camino hacia la luna. Hizo un gesto a Hugo para que la siguiera y él, con las

pocas fuerzas que le quedaban y superando el frío que le entumecía los brazos, escaló hacia ella apoyándose en los copos de nieve.

En la última noche, probablemente la más oscura y fría de todas, el sombrerero miserable y solitario sonrió por última vez. Le encontraron tumbado en el taller, frío y con la nariz colorada. Las ropas estaban salpicadas de gotas de mercurio que, inquietas, rodaban por todo el cuerpo del sombrerero, dejando una estela plateada a su paso. Al girasol de la solapa, ya seco, le quedaba un solo pétalo. Nadie adivinó que ese pétalo significaba que ella le quería. Pero él sí lo supo, en todo momento. Tal vez, por eso, la única herencia que dejó a este mundo frío y oscuro fue su sonrisa plateada.

Perfil del autor

Julio San Román Cazorla, estudiante del Grado en Estudios Ingleses en la UCM, dedica gran parte de su tiempo a la escritura creativa. Ha cursado talleres de Escritura en distintas organizaciones de Madrid, entre las que se encuentra la Escuela de Escritores, donde fue becado en el año 2016. También ha ganado varios certámenes de relatos entre los que se encuentra el certamen de relato breve de la Universidad Carlos III de Madrid, en 2015. Sus principales intereses son el relato policíaco, con especial gusto por el *thriller*, y la fantasía. Además imparte un taller de escritura adscrito a un proyecto de innovación docente en la UCM.

Contacto: <julsanro@ucm.es>